# WALTER BENJAMIN O LAS APORIAS DE LA TRADUCCION

*MIGUEL ANGEL VEGA*

Universidad Complutense de Madrid

## 1. WALTER BENJAMIN: TRADUCTOR Y TEORICO DE LA TRADUCCION

Al seguidor del panorama intelectual europeo de nuestro siglo tal vez le resulte chocante el título con el que encabezamos esta comunicación, ya que el perfil que la crítica cultural conserva de Walter Benjamin, miembro del Instituto de Estudios Sociológicos y precursor de la «teoría crítica», difícilmente encaja una actividad, la traducción, más literaria y lingüística que crítica.

Walter Benjamin, judío berlinés, nacido en 1892 y muerto en 1940, muy de acuerdo con la tipología ortodoxa del semita, ha sido un buen heterodoxo y, como decía Jesús Aguirre cuando, lejos de la gloria nobiliaria, introducía a este pensador en España, ha hecho recaer «el peso de su atención sobre lo marginal, lo que está pasado de moda», afirmación que sólo en parte puede admitirse en nuestro caso, en el caso de la traducción, ya que, si bien es verdad que la opinión pública considera nuestra tarea un tanto marginalmente, se trata de una marginalidad de moda. Esa atención a lo marginal derivaba de su propio carácter. Fue precisamente su marginalidad la que le hizo enfrentarse a la teoría de la traducción, si bien no de forma sistemática, pues, como ya señala Aguirre, este representante de lo que se ha llamado «marxismo cálido» apenas tiene un escrito «con intenciones sistemáticas». Fracasado en su intento de acceder a la carrera docente, tendrá que ganarse el sustento ejerciendo de traductor. Sus traducciones de Baudelaire y Proust le permitieron, en los años de penuria de la Primera Guerra Mundial, una base mínima existencial para llevar a cabo una labor crítica de gran fecundidad, aunque tal vez algo olvidada.

Fruto de estas traducciones fue, además de sendos estudios sobre cada uno de estos autores franceses, un enjundioso y difícil *Aufsatz* sobre la tarea del tra-



II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Miguel Ángel VEGA. Walter Benjamín o las apodas de la traducción

Centro Virtual Cervantes

ductor que sitúa su nombre en la larga lista de pensadores y autores alemanes —Lutero, Lessing, Goethe, Schleiermacher, Schopenhauer, Schlegel, Hofmannsthal, Broch— que, además de traducir, reflexionaron sobre esta noble tarea, a la que cabría el lema con el que Walter Benjamin encabezaba en 1936 sus *Deutsche Menschen: Von Ehre ohne Ruhm, von Grösse ohne Glanz, von Würde ohne Sold* («Gloria sin fama, grandeza sin brillo, dignidad sin sueldo»).

Este *Aufsatz* de Walter Benjamín, que lleva por título: *Über die Aufgabe des Übersetzers,* introducía su versión alemana de los *Tableaux parisiens,* que él daba a la imprenta en Heidelberg en 1923. El artículo se recoge en el volumen que bajo el título de *Illuminationen* editó L. Unseld en 1961 para Suhrkamp (1).

Por el título de su *Aufsatz,* tal como está formulado, podría creerse que trata la problemática general de la versión interlingüística. No es este el caso. Sus planteamientos se reducen exclusivamente a la traducción de la obra poética *(Dichtung).* El carácter altamente especulativo y simbólico del mismo dificulta su aplicabilidad a la praxis profesional del traductor, pero, al mismo tiempo, le confiere un preñedad de reflexión sobre el hecho lingüístico, la obra poética y su traducción, que bien merece el conocimiento de los profesionales del gremio. Valga lo que aquí sigue como exposición-comentario de una interesante, aunque difícil, teoría de la traducción.

## 2. APORIAS ELEATICAS

Walter Benjamin hace de entrada un planteamiento cartesiano del tema: ¿hasta qué punto es viable la traducción literaria *(Übersetzbarkeit)?* Lugar común de la crítica ha sido el carácter irrepetible y único de la obra literaria. La obra poética es individualidad creadora marcada por un estilo que, en definitiva, es la propia persona que la escribe. La obra poética, al igual que la obra de arte plástico, no está ni pensada ni escrita para ser interpretada. *«Denn kein Gedicht gilt dem Leser, kein Bild dem Beschauer, keine Symphonie der Hörerschaft».* La obra de arte es un producto espiritual de acceso, en el caso de que este sea posible, directo e intuitivo, sin intermediarios. Por el contrario, la traducción es o pretende ser una *repetición* o *imitación* de aquella a otro idioma, en un estilo no propio y personal. Debe reproducir el estilo del autor en una lengua extraña. La traducción, a diferencia del original, posee un carácter de mediación que, en el peor de los casos, interpreta el texto original. La traducción transmite una comunicación *(Aussage),* extremo este totalmente ausente en la obra literaria que, según Benjamin, no comunica nada al que la comprende y sólo pretende un efecto estético, activar o realizar las posibilidades de expresión estética del lenguaje. Así pues, el traductor que se limite a dar cumplimiento a esta supuesta función ancilar de la traducción, en cuanto mediadora de una comunicación *(Aussage* o *Mitteilung),* está haciendo partícipe al lector

(1) Walter Benjamin: *Illuminationen: Ausgewählte Schriften 1,* Frankfurt: Suhrkamp, 1961.



II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Miguel Ángel VEGA. Walter Benjamín o las apodas de la traducción
Centro Virtual Cervantes

de algo que no es esencial a la obra literaria. Este planteamiento benjaminiano está de acuerdo con el de la mayoría de los teóricos de la literatura, que coinciden en señalar el carácter opaco, la figuración y la connotación como las señas de identidad del lenguaje literario.

Pues bien, si la opacidad como vehículo estético constituye el carácter del texto poético, la traducción no puede consistir en la comunicación de unos contenidos. El traductor que se limitara a comunicar lo que *dice,* no lo que *es* la obra literaria, estaría produciendo un desfase entre el original y su versión, pues mientras el original es autónomo y no tiene más que una relación segunda a un destinatario, la traducción está orientada por principio al lector. De ahí deriva una primera aporía de la traducción que halla su complemento por la otra parte: el versor que pretende hacer justicia a lo específico de la obra de arte, que generalmente se considera intangible, secreto e irrepetible, está obligado a hacer literatura, cosa que convierte la traducción en un original nuevo, lo que pone en entredicho su carácter ancilar frente a la obra de arte primera.

He aquí, pues, a la traducción en un callejón sin salida: como «versión» se encuentra con la aporía de su nimiedad; como obra de arte, con la que de su distanciamiento y autonomía frente al texto original.

¿Tiene solución esta situación de *impasse*, hay algún pasadizo secreto por el que el «tercer hombre» de la traducción saque a la equivalencia interlingüística de la obra literaria de la aporía en la que se encuentra?

Walter Benjamin deja por un momento enredado al traductor en esa maraña aporética y le somete a un proceso de reflexión para, incluso en esta situación, justificar su tarea. Si la traducción no puede ser ni imitación, ni creación, es evidente que es una «forma» lingüística propia que, por supuesto, deriva del original, el cual, a su vez, halla en la traducción una especie de continuación (supervivencia). Es una forma que le adviene al original, que encuentra en ella una expresión vital y que a través de la misma manifiesta una significación inherente, su esencia: la de ser un caso del lenguaje. En la relación que existe entre el original y la traducción, esta no aporta nada al original, no es parte esencial del mismo; sin embargo, brotando de su supervivencia la hace, a su vez, sobrevivir. La existencia de esta forma lingüística propia que llamamos traducción se debe al original, pero, al mismo tiempo, aquélla confiere a ésta su «expansión póstuma y siempre renovada», en la que se pone de manifiesto la íntima relación que los idiomas guardan entre sí, una relación que no es creada por el hecho de la traducción, pero sí representada alusivamente «mediante el tanteo» *(durch den Versuch).*

Efectivamente, añade Benjamin, las lenguas no son extrañas entre sí, pues todas ellas son variantes de la primigenia lengua nominativa/cognitiva de los hombres, pensamiento que Walter Benjamin expone en otro *Aufsatz,* también de gran interés para el lingüista, que lleva un título significativo: *Über Sprache überhaupt und über die Sprache des Menschen* («Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres»). Ahora bien, esta batería de ideas desplegadas por el autor abocan de nuevo a una tercera aporía. Si la esencia de la tra-



II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Miguel Ángel VEGA. Walter Benjamín o las apodas de la traducción
Centro Virtual Cervantes

ducción consiste en ser forma que pone de manifiesto el parentesco de los idiomas *(die Verwandtschaft der Sprachen)*, ¿cómo podrá hacerlo sino a través de la equivalencia, del respeto a la forma y al sentido *(Form und Sinn)* del original?

### 3. SOLUCIONES PLATONICAS

Es en este punto donde Walter Benjamin activa el mecanismo anteriormente dispuesto: el concepto de supervivencia. Supervivencia significa evolución y renovación, no anquilosamiento. La obra afamada sigue evolucionando, modificándose. Y esta modificación afecta tanto al lenguaje de la obra como al traductor, que sufre en ella un proceso de maduración *(Nachreife der festgelegten Worte)*. Si el traductor quiere ser fiel a la esencia de la cosa, su función versora deberá tener en cuenta primordialmente la fidelidad a este proceso vital. Ni la obra ni el lenguaje son *in facto*, sino *in fieri*. La obra es un organismo. Si tanto la obra como el lenguaje del traductor maduran como consecuencia de su calidad orgánica, la traducción deberá mostrar, por encima de los cambios, el núcleo permanente idiomático, el parentesco de éstos con el lenguaje puro.

¿Dónde reside el parentesco entre dos idiomas? Ni en la semejanza de sus literaturas ni en la analogía que pueda existir entre sus frases, sino en el hecho de que ninguno de ellos por separado puede llegar al lenguaje. Es ahí donde interviene la traducción, que saca de sí mismo el texto original y trata de orientarlo, a través de formas que no le son propias, a una altura de lenguaje superior en la que se realiza la reconciliación y perfección de las lenguas. Las lenguas son incompletas en sí mismas y tienden a la lengua pura. La traducción, una forma lingüística propia, intenta acercar el lenguaje de las obras a la «lengua», a una fase inicial de la facultad lingüística. Ahora bien, cuando el versor traduce, lo hace «a otro lenguaje», no «al lenguaje». La traducción descubre la diferencia que existe entre dos niveles: el lenguaje y cada uno de los lenguajes. Ese *quantum* lingüístico no transmisible de un nivel a otro, que constantemente se intentará reducir sin conseguirlo, pondrá de manifiesto que tanto la obra literaria como su traducción son expresión de un lenguaje puro, muy próximo al que expresó en los momentos primigenios la esencia y la existencia de las cosas: «En el principio era el Verbo».

### 4. POETICA ARISTOTELICA

Hasta aquí la parte teórica y analítica del trabajo de Walter Benjamin, que es consciente, sin embargo, de que toda la teoría debe estar orientada a la praxis y debe tener unas aplicaciones normativas. Partiendo de este planteamiento aporético (la inviabilidad de la traducción establecedora de equivalencias, que sólo tiene su justificación como forma lingüística propia que acerca



II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Miguel Ángel VEGA. Walter Benjamín o las apodas de la traducción

Centro Virtual Cervantes

el original al lenguaje puro y general), Walter Benjamin va a deducir criterios de actuación.

Si se admite que la traducción va más allá de la reproducción del sentido; si se admite que la traducción tiene que hacer madurar el germen del lenguaje puro, ni el sentido ni la forma serán los criterios de servicio al texto original y, consiguientemente, tanto la fidelidad como la libertad concebidas tradicionalmente carecen de sentido.

Es más, en la reproducción del sentido no sirve la fidelidad, pues la traducción literal, en lo que atañe a la sintaxis, impide por completo la reproducción y amenaza con desembocar en la incomprensión. La conservación del sentido está mejor servida por la libertad de los malos traductores. Pero la libertad puede llevar a la traducción a convertirse en un nuevo original, con lo cual perdería su función. La libertad se orienta a la reproducción del sentido, pero este debe dejar de ser ley, pues la traducción no debe identificarse con el sentido del original, sino reconstruir la manera de pensar *(Denkart)* de aquél en el propio idioma, para que ambos puedan reconocerse como fragmentos de un lenguaje superior.

Por otra parte, la reproducción de la forma acaba complicando la del sentido y nunca será posible de una manera íntegra, ya que debajo de lo transmitido y transmisible queda algo no susceptible de transmisión, queda lo intraducible, el núcleo del lenguaje *(Kern der reinen Sprache).* Es este lenguaje puro el que confirma un nuevo y superior derecho a la libertad de traducción; la libertad se hace patente en el idioma propio por amor al lenguaje puro. La misión del traductor es rescatar ese lenguaje puro confiado al idioma original para el idioma propio y liberar el lenguaje, preso en la obra, a través de la adaptación. Para eso hay que romper las trabas del propio idioma, proposición en la que coincide con otro de los insignes teóricos alemanes de la traducción, Wilhelm von Humboldt, que, ya a principios del XIX, había propuesto el contacto de las lenguas a través de la traducción como medio de enrequecimiento de las mismas.

Para ambos, para Walter Benjamin y para Wilhelm von Humboldt, la traducción es una forma que ensancha los límites estrechos del propio idioma. Aquí Benjamin baja de la poesía de la traducción a la pragmática de la misma, si bien va a expresar su principio rector con la fuerza de la imagen: al igual que la tangente roza en un punto el círculo para seguir su trayectoria recta hasta el infinito, la traducción roza ligeramente el texto original en el punto mínimo del sentido para seguir su trayectoria de conformidad con la ley de fidelidad, en la libertad de movimiento lingüístico, hacia el lenguaje puro. Citando a Pannwitz, Benjamin dirá que el error fundamental del traductor es que se aferra al estado fortuito de su lengua, en vez de permitir que la extranjera lo sacuda con violencia: «no se tiene idea de hasta qué grado un idioma puede transformarse con ayuda de otro».

Si me forzara a dar una expresión apodíctica a toda esta «poética» benjaminiana de la traducción, la resumiría en las siguientes proposiciones:



II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Miguel Ángel VEGA. Walter Benjamín o las apodas de la traducción

Centro Virtual Cervantes

— La traducción es una forma lingüística propia.

— Nace de la supervivencia y calidad de la obra original.

— No está supeditada ni al sentido ni a la forma de la misma, sino al sentido y a la forma del lenguaje puro que manifiesta.

— Este lenguaje puro, a través del texto original, debe fecundar el propio idioma, al que la traducción debe hacer violencia.

— Ninguna traducción será perfecta, pues el lenguaje puro es el lenguaje nominativo/cognitivo de la mente divina.

No me resta sino acabar con otra referencia ocasional a la traducción que Walter Benjamin hace en el escrito antes mencionado: hay que fundar el concepto de traducción en el estrato más profundo de la teoría lingüística. El concepto de traducción conquista su pleno significado cuando se comprende que toda lengua superior puede ser considerada como traducción de todas las otras. La traducción es la trasposición de una lengua a otra mediante una continuidad de transformaciones. La traducción rige espacios continuos de transformación y no abstractas regiones de igualdad y semejanza. ¿Cabe hablar, pues, de equivalencia?



II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Miguel Ángel VEGA. Walter Benjamín o las apodas de la traducción

Centro Virtual Cervantes

## 1.2. Temas generales


Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes